

Discurso durante el encuentro con los científicos.

Sábado 8 de mayo de 1993.

(Extracto)

5. El diálogo entre ciencia y fe, en el respeto de sus ámbitos recíprocos, es doblemente necesario en el campo del conocimiento científico aplicado. En efecto, a la dimensión, por decirlo así, contemplativa, que ya de por sí comporta un aspecto moral, se añade una instancia de carácter operativo que implica decididamente en el campo práctico el discernimiento ético. Precisamente, al respecto, se hace una distinción entre ciencia y tecnología. En el ámbito de la ciencia aplicada la humanidad experimenta, en el bien y en el mal, el poder del conocimiento científico. Si hoy la vida del hombre corre peligros enormes no es a causa de la verdad descubierta mediante la investigación científica, sino a causa de las aplicaciones de muerte que se han hecho en el campo de la tecnología. En otra inscripción reproducida aquí en vuestro Centro se lee: «Al igual que en la época de las lanzas y las espadas, también hoy, en la era de los misiles, quien mata, más que las armas, es el corazón del hombre».

Pero conviene notar que esta distinción, fácil en teoría, es más difícil en la práctica, ya que, en el ámbito concreto de la vida, entre investigación científica y tecnología existe una conexión natural. Ambas, por tanto, deben hacerse cargo de una precisa responsabilidad ética en relación con sus conexiones y aplicaciones. Lo que está en juego es demasiado grande como para considerarlo con ligereza. Lamentablemente, la situación

actual del mundo no parece muy cambiada con respecto a como la describía hace algunos años en el ya citado mensaje: «Gran parte de nuestro mundo parece estar fragmentado, desintegrado. La vida humana en gran parte transcurre en condiciones de soledad u hostilidad. La división entre naciones ricas y pobres continúa creciendo. El contraste Norte-Sur se acentúa y es cada vez más intolerable. El antagonismo entre razas y religiones divide las naciones en campos de batalla: los conflictos históricos no muestran signos de mitigación. Incluso dentro de la comunidad académica persiste la separación entre la verdad y los valores, y el aislamiento de sus diversas culturas -científica, humanística y religiosa- hace a veces difícil, si no imposible, el diálogo común» (Carta al reverendo George V. Coyne, S.J.; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de febrero de 1989, p. 19).

6. En estos últimos años hemos sido testigos de cambios sociales rápidos y sorprendentes. ¿Cómo no mencionar, entre éstos, la superación de la rígida división del mundo en bloques ideológicos, políticos y militares opuestos? Gracias a ese acontecimiento, se ha alejado, al menos en gran parte, el peligro del «holocausto nuclear». Sin embargo, en este mismo período han alcanzado niveles de peligrosidad extrema otras emergencias de carácter planetario, que dejan vislumbrar el riesgo de una especie de «holocausto ambiental», debido a la destrucción desconsiderada de recursos ecológicos vitales y a la multiplicación de atentados cada vez más insidiosos contra la defensa y el respeto a la vida humana. La carrera desenfrenada al acaparamiento y a la explotación de los bienes de la tierra por parte de unos pocos privilegiados sienta las bases para otra forma de guerra fría, esta vez entre el Norte y el Sur del planeta, entre países altamente industrializados y naciones pobres, que no puede dejar de preocupar a cuantos se interesan por los destinos del mundo. Sobre el horizonte de la humanidad nuevamente se ciernen nubes amenazadoras.

JUAN PABLO II